

CAPÍTULO I

LA PALABRA CORTÉS

«Pero yo me recreo y regocijo por un gozo de amor dentro de mi corazón del que un dulce deseo me ha crecido».

Guillén de Cabestany

Miles de estorninos, con sus trinos estridentes y agudos, volaban nerviosos a la puesta del sol. Simulaban un vuelo ritual con giros radicales, acelerado ritmo de sube y baja, siguiendo siempre la dirección marcada por los que van delante. El sonido resultaba ensordecedor a lo largo del curso del río Orbiel. ¿Sentirán pánico por la oscuridad que invade, como un monstruo horrible, su mundo definido, borrando y cambiando todas las cosas del valle? Cerrando el atardecer, la niebla descendía desde el Pico Negro hasta el valle estrecho. El manto húmedo cubría abedules, hayas, abetos, castaños, encinas, pinos, bayas...

Septiembre del 1206. Gilberto de Castres visitó a los hermanos Roger y Peire Jordan, señores de Cabaret, al pie de la Montaña Negra. Un castro romano con un castillo y dos atalayas, donde cohabitaban señores, caballeros, artesanos, labradores... Gilberto, la inteligencia más preclara del catarismo¹ occitano, pretendía conversar con los señores Jordan, simpatizantes de las creencias religiosas

¹El nombre de «cátaro» (puro), hoy universalmente aceptado, comenzó a utilizarse después del estudio de Charles Schmidt en 1849. Antiguamente, y en el ánimo de minusvalorar su importancia, eran denominados «albigenses», reduciendo su influencia a la ciudad de Albi. La denominación de «Iglesia de los Buenos Cristianos» era la empleada entonces.

de la Iglesia de los «buenos cristianos», y, de paso, convivir unos días con trovadores, ante una especie de gran debate poético, animados y apoyados por los señores del castillo, amantes de la poesía. Uno de ellos estaba casado con la «Loba de Pennautier», por cuyo amor Peire Vidal, el más loco de los trovadores, se vistió de lobo, recorriendo valles y montañas, hasta que se cruzó con un labriego que le soltó los perros. Herido pero feliz, se vio obligado a curar sus heridas al lado de su amada, guardando su sonrisa en lo más hondo de su corazón.

Este ambiente trovadoresco floreció en Cabaret, porque se trataba de un burgo rico por las minas de hierro y cobre, además de la producción de cebada, avena, trigo, vino y aceite. Lugar ideal para el desembarco de mundanos y elegantes poetas, revolucionarios de la versificación, defensores del ritual en la relación entre corazón y corte, e inventores de la sublimación del amor carnal. Durante años habían elaborado la idea de que el amor, sobre todo, es corazón y que la expresión física de ese deseo sólo tendría sentido al final de un largo camino a recorrer, grado tras grado, en el que el amor se probaba, se afinaba, se ganaba y se sublimaba. Seguramente, Bernat de Ventadorn, uno de los primeros, era el que más sabía de «hablar a las damas cortésmente de amor». Expresó en sus versos el «fin' amor», no la pasión sensual, sino el amor que obliga al enamorado a superarse a sí mismo para alcanzar el «joi» (gozo): el vuelo de la alegría y del gozo bajo la sabia dirección de la dama, que manejaba realmente, y desde el primer momento, todo el proceso. Como afirmaría Peire Vidal, uno de los asistentes al espectáculo de la palabra exacta y enamorada:

Si sé decir algo,
de ella es el mérito, pues ciencia
me ha dado y saber,
por lo que soy alegre y cantor.
Y todo lo que hago de amable
su bello cuerpo me lo inspira.

En el comienzo del siglo XIII culminó la época esplendorosa en creatividad y en tolerancia, a veces sacudidas por movimientos de aislamiento y de rechazo, en la Occitania, que se extendía desde

el condado de Toulouse al condado de Foix, desde el Ródano hasta los Pirineos, desde la Aquitania a la Provenza. Todo el territorio que, actualmente, se conoce como el «Midi francés»: el Languedoc. O la tierra de la lengua de oc. Un amplio mosaico de tierras feudatarias de la corona catalano—aragonesa. Un territorio abierto a todas las influencias. El Mediterráneo fue el camino de entrada de la cultura bizantina, mientras los Pirineos no constituían obstáculo suficiente para impedir la llegada del saber de los musulmanes de Al-Andalus. El «fin' amor» de la poesía trovadoresca, que era la encarnación de la cultura occitana, se inspiró en el «amor udri» islámico, al que dedicó su obra *El collar de la paloma* el pensador cordobés Ibn Hazn, en el siglo XI. Esas influencias fraguaron un sentimiento nacional, regido por un ideal de vida cortés, cuyo valor supremo era «Paratge» («paridad»), que influía en las virtudes como merced, medida, cortesía, largueza, derecho, valor, razón... Virtudes muy diferentes al carácter y a la cultura francesa del norte.

¿Cómo y por qué emergió, con tanta fuerza, la Iglesia de los Buenos Cristianos en el Languedoc? En primer lugar, porque las convicciones sobre los orígenes de la Creación, del mal, del hombre, de la salvación y del más allá iniciaron un proceso de racionalización que comenzó en el siglo IX en Occidente y que desembocó en disidencias con respecto a la doctrina oficializada. «¡Tened piedad del alma encarcelada!», grita el ritual de esa Iglesia. Su antropología generó una concepción teológica arcaizante, pero fácilmente comprensible: el individuo es el alma, porque el cuerpo no es más que un conglomerado de enfermedades, de hambre, de sufrimientos, de muerte.... El cuerpo es el resumen del mal. Pero esa alma está suspendida entre dos abismos: el Espíritu divino y la nada satánica. Esta es la esencia de su fe. El alma es el cofre de los deseos. ¿Cómo controlar esos deseos? Viviendo en la pobreza evangélica, acostumbrándose a una ascesis personal muy acentuada y siguiendo ritos del cristianismo primitivo, como la salvación por el bautismo del Espíritu con imposición de las manos. El pueblo los escuchaba por la fuerza de su ejemplo. Eran predicadores que asociaban trabajo y oración. Nada que ver con el esquema católico de «laboradores» y «oradores». Unos trabajan y otros, rezan. En realidad, los «oradores» se aislaban, encerrándose en monasterios, ajenos a los problemas de la gente normal.

Los obispos católicos, revestidos con su capa, su mitra y su báculo, y adornados por pectoral y anillo, con certeza no predicaban con el ejemplo. La disputa quedaba resuelta de antemano. La ejemplaridad personal, causa principal de la creencia, desguazaba rápidamente la palabra hueca, sin contenido. Todos hablaban sobre Dios, pero unos estaban ausentes para la gente o su imagen no era la de Jesús pobre, y otros vivían al lado de los hombres, trabajaban entre ellos para vivir y atendían a los enfermos y necesitados y, sobre todo, vivían en conformidad con lo que predicaban: pobreza, ejemplo y oración.

Además, los señores occitanos simpatizaban con esos «hombres de Dios» que no reclamaban diezmos ni tierras, que no excomulgaban a los que deciden no respetar los lazos matrimoniales, que no les exigían eliminar el trato con los judíos que ayudaban con la circulación del dinero. Consecuentemente, la expansión de la Iglesia de los Buenos Cristianos se nos presenta como normal. Muchas dinastías nobles tenían miembros en las dos Iglesias: la Iglesia de Roma y la Iglesia cátara. Valga de ejemplo, el obispo de Carcasona, nombrado por Roma: era hijo de una «buena mujer» y tres de sus hermanos eran «buenos hombres». En pueblos como Fanjeaux, Laurac, Cabaret, Puy-larens, Béziers, Lautrec, Mirepoix..., los «buenos hombres» mantenían públicamente sus casas, sus comercios, sus talleres artesanales. Esa expansión del catarismo explica que en la Occitania existieran cinco Iglesias de los Buenos Cristianos como comunidades en torno a los obispos ordenados, siguiendo el ejemplo de las primeras Iglesias cristianas. Su estructura era tan flexible y autónoma, que permitía comprometer en su fe a burgueses, artesanos y campesinos.

En la puerta del castillo, Roger Jordan esperaba a Gilberto. Una suave lluvia impregnaba el ambiente y humedecía las piedras del camino, dificultando el paso del caballo.

—Me contaba mi madre que la lluvia eran las lágrimas de Salimonde, que vivía en el Pozo de la Bruja con cuerpo de cabra y una larga melena recubriendo sus patas. La lluvia duraría hasta que Salimonde tocara la flauta —explicó Roger al teólogo Gilberto.

—¡Preciosa leyenda! ¿Y no hay forma de prever cuántos días tardará Salimonde en tocar la flauta? —preguntó, sonriente, el sesudo y admirado pensador.

—Ojalá se olvidara, para poder llenar de agua las cisternas —replicó Roger, al tiempo que dirigía a Gilberto a la habitación, en la que descansaría los próximos días.

En el amanecer, Salimonde no había tocado su flauta. Una fina lluvia empapaba el burgo. Desde el castillo, Gilberto casi no podía distinguir las dos atalayas. Acompañado por un servidor, se dirigió al salón, donde le esperaban los hermanos Jordan y la bellísima «Loba de Pennautier». El desayuno, muy austero, siguiendo la costumbre de los «buenos cristianos»: frutas variadas, cereales y leche de cabra.

—Hacía mucho tiempo que no dormía tan profundamente —manifestó Gilberto—. Tal vez, el cansancio del viaje. Aunque me inclino por la paz y tranquilidad que domina este burgo.

—Pronto comenzará el bullicio, el ir y venir de hombres y mujeres. Unos al trabajo y otros al mercado —precisó Roger-, como dices, la tranquilidad de la vida normal.

—Precisamente, de esa tranquilidad es de lo que quiero hablaros. La Iglesia romana da la impresión de que sus misiones de legados pontificios, rodeados y ayudados por los monjes cistercienses, han fracasado. No han llegado a la gente. Su predicación resultó inútil —comenzó a expresar su pensamiento Gilberto.

—No puede extrañar a nadie —respondió Peire—. Aquí llegaron varias veces. Todas ellas parecían un teatro: comitiva de caballos enjaezados, servidores finamente vestidos, y otros acompañantes. Intentaban provocar la sorpresa de la gente. Y la provocaban. No la sorpresa, sino la indignación, incluso de sus propios creyentes. ¿De dónde han salido hombres tan extraños, incapaces de vestir como cualquier persona normal?

—Y eso no es lo más importante —ratificó Roger—. Yo asistí a varias predicaciones. Si se les puede denominar así. Nunca se referían a la misericordia de Dios, ni al amor de Dios. Sólo amenazaban. Con la indignación de Dios y los castigos a los que no sigan su predicación. Tal vez, en un principio originaban el pánico. Pero a lo largo de su prédica, ese pánico se iba transformando en burla. ¿Cómo se puede hablar del Jesús pobre al mismo tiempo que iban vestidos con capas de piel en caballos enjaezados? La representación resultaba grotesca. Sus mismos seguidores quedaron avergonzados.

—¡Ya! Pero ellos les dirían que hagan lo que Dios manda sin preocuparse de lo que ellos hacen —sonrió Gilberto, que conocía perfectamente los fallos de esas misiones—. Su esquema es el siguiente: haz lo que digo y no lo que hago. Una barbaridad. La palabra de Dios florece en el corazón del que la oye si va acompañada por su manifestación externa.

—Bueno, aquí hace tiempo que no han vuelto —informó Peire.

—Eso es lo que nos preocupa —expresó Gilberto—. Estamos seguros, y así lo analizamos en el Concilio que celebramos en Mirepoix, que el Papa de Roma va a cambiar radicalmente su estrategia. ¿Qué puede sustituir a la predicación? Creemos que la persecución. Así se lo están exigiendo sus legados en el Languedoc. Donde fracasó la palabra, se instalará el castigo.

—¡Pero nuestros señores no lo pueden permitir! —exclamó, encendido, Roger—. No puedo imaginar al conde de Toulouse, ni al de Carcasona aceptando que, por motivos de creencias, se maltratara a sus súbditos. Su obligación, como señores, es defender a sus vasallos. ¿O no? Nosotros castigamos cuando alguno de nuestros súbditos roba, o maltrata a otro, o incumple con las normas establecidas para la buena marcha de la comunidad.

—Sí, pero Inocencio III considera que las creencias rechazadas por ellos, es un robo o un maltrato a Dios. Por consiguiente, requiere un castigo mucho mayor, porque el maltratado es Dios. ¿Comprendes? —razonó Gilberto.

—¿Qué pensáis que pueda pasar? —preguntó Peire.

—No tenemos certeza. Pero si las amenazas de los fracasados cistercienses tienen alguna base, tal vez se plantee una persecución generalizada de «buenos cristianos», obligándoles a renunciar a sus creencias. Pero, públicamente. No aceptarían, de ningún modo, la renuncia privada —manifestó Gilberto.

—Lo que van a conseguir es una mentira generalizada. Ante la amenaza del castigo, los perseguidos renunciarán, con la boca pero no en su corazón, a las creencias íntimas. Porque lo íntimo, acunado en el corazón, sólo lo conoce Dios y él —precisó Peire.

—Precisamente, eso es lo que nos preocupa. ¿Y si Inocencio decidiera una medida más radical?

—¿Y qué medida podría inventar el Papa?

—La historia nos la enseña. La persecución con muerte. Ya lo vivió el antiguo cristianismo, cuando los emperadores romanos pasaron de anular los derechos ciudadanos a conducir a los cristianos al martirio —replicó Gilberto.

—Pero eso sería una locura, ¿no? La Iglesia romana actuaría exactamente igual que aquellos emperadores a los que criticaron tanto —precisó Peire, que no era capaz de entender nada.

—A lo largo de la historia, amigo mío, se han cometido los crímenes más nefandos y la violencia más incomprensible en nombre de Dios. Porque, según se afirma, las decisiones de Dios son inexcusables. Y así se cierra la disputa. ¿O alguien pretendería defender que Dios se equivoca?

—Pero Dios es amor y misericordia, Dios es justo y bondadoso. Bueno, lo que quiero decir es que Dios no puede resolver los problemas de sus sacerdotes con la muerte de sus fieles. Sería el mundo al revés —insinuó la «Loba».

—Estamos no ante Dios, sino ante sus representantes. No es lo mismo. Y a veces, resulta ser lo contrario —analizó Gilberto, enamorado de la lógica y del análisis—. Actuar «en nombre de Dios» es una manera de atribuir a Dios lo que el hombre desea. Por eso, el Papa, como representante de Dios y en su nombre, puede decidir lo inconcebible. Es preciso prevenir, en defensa de los «buenos cristianos», las posibles decisiones de Inocencio, sin excluir lo increíble. Para ello, deberemos estar preparados. No sé cómo. Tal vez, permaneciendo, día y noche, vigilantes. No hay nadie más imprevisible que aquel que ha fracasado en su suprema obligación. Es el mensaje que os quería transmitir: atención a los pasos que dé Roma, convencida y atribulada por el fracaso de su gran plan de evangelización. Puede suceder que el futuro, más próximo que lejano, se nos presente como una tragedia colectiva.

* * *

Días después, comenzaba el certamen poético. Interesado siempre por cualquier expresión cultural, Gilberto decidió permanecer en Cabaret para vivir esa experiencia. La poesía trovadoresca vivía el

momento de más esplendor. Desde que, a comienzos del siglo XI, el primer trovador, Guillermo IX, duque de Aquitania convirtió su capital Poitiers en el centro de la poesía, nunca floreció en la Aquitania y la Occitania tanta imaginación y tanto entusiasmo por la palabra musicada como en ese principio del siglo XIII, recién fallecida Leonor de Aquitania, la gran mecenas de esa revolución de los versos provocada por buscadores empedernidos del gozo (*joi*) sensual y espiritual que comparten el amante y su dama.

La relación amorosa que se planteaba como manifestación poética e idealizada del modelo feudal: la mujer amada es la dama (señora) y el amante, su vasallo. ¿Qué ha sucedido para llegar a este planteamiento? Se había instalado, con fuerza, una nueva forma de mirar al mundo. Esta cosmovisión, que consistía en la desacralización del universo, liberaba no sólo el pensamiento, sino también los sentidos. Las cosas son lo que son, sin tener que consultar tantas simbologías. Lo que hay es lo que vemos, sin relacionarlo con ninguna otra cosa. En las vidrieras de las catedrales veíamos flores o árboles o pastores que no eran más que flores, árboles o pastores. Surgió, así, un nuevo sistema de valores. Una nueva sensibilidad en la selva de símbolos. El mundo sensible era algo en sí mismo y no sólo el símbolo del mundo inmaterial. Ya podían los artistas y poetas disfrutar, deleitarse con él. Entre otras consecuencias, el cuerpo comenzaba a presentarse en su belleza y en su esplendor. El gozo se centraba en la relación entre dama y amante. Pero este amor reclamaba la autonomía de los sentimientos. Autonomía que provocaba ° relaciones aparte de los intereses o del conformismo, siempre respetando el necesario y difícil equilibrio entre corazón y espíritu, entre sexo y sentimiento. De alguna manera, el amor cortés, al que cantaban los trovadores, era antimatrimonial. Sorprendentemente, esta explosión poética coincidió con la presencia de las creencias de los «buenos cristianos», tanto cronológica como geográficamente. En las mismas cortes, en las mismas ciudades, en los mismos burgos. Y, sobre todo, en la misma región: Aquitania y Languedoc.

Cabaret fue recibiendo, con la amenaza de la lluvia, a los más importantes trovadores del momento: Peire Vidal, Guillermo Montanhagol, Raimon Jordan, Peire Cardenal, Aimerich de Peguilhan, Peire Roger de Mirapeis, Guillermo Figueira, Raimon de Miraval...

Al amanecer del sábado, sonó la flauta de Salimonde. El sol comenzó a iluminar el valle del Orbiel. Por las calles y plazas del burgo circulaban ya saltimbanquis, titiriteros, juglares, acróbatas, danzantes, bufones, payasos... Todo Cabaret era una fiesta. Niños y mayores lucían sus ropas de fiesta, transportando a la plaza del castillo sillas para poder disfrutar de la sugestión de la poesía y de la música. Y de la risa. Nadie sería capaz de distinguir a los romanos de los «buenos cristianos». Todos respetaban a sus señores, todos querían disfrutar con los poetas y los acróbatas, todos reírían con los payasos y los bufones. La fiesta del final de las cosechas indicaba ya la proximidad de un duro invierno.

A media mañana comenzó el certamen poético, presidido por los hermanos Jordan, por la «Loba de Pennautier» y por el teólogo Gilberto de Castres. Detrás de ellos, las mujeres de comerciantes y caballeros, con vestidos de diversos colores, predominando el azul verdoso, y perfectamente pintadas: rojo en los pómulos, azul bajo los ojos, azafrán o blanco en las mejillas. Violas, tamboriles, flautas y cítaras alegraban la espera. El primer trovador fue el más antiguo, Raimon de Miraval, coseñor de un castillo:

Me place cantar y ser amable,
Pues el aire es suave y el tiempo es alegre,
y en los huertos y en los setos
oigo el trinar y el piar
de los menudos pájaros
entre el verde, el blanco y el abigarrado;
así pues debe dirigirse
quien quiere que Amor lo ampare
hacia el obrar del amante.

Estalló la primera salva de aplausos. Los versos del conocido trovador entusiasmaron a señores y vasallos. Todos alababan la apertura del certamen con la voz potente de Miraval, que retumbaba a lo largo del valle.

Amante no soy pero cortejo,
y no me asusta pena ni carga,
ni por poco me quejo o me irrito,

ni por orgullo me asusto;
pero el temor me hace mudo,
pues a la bella de aire gentil
a mostrar no me atrevo ni a declarar
mi corazón, que lo mantengo oculto,
hasta haber su conocido mérito.

El poeta que ni se asustaba, ni se irritaba, ni se quejaba, tenía miedo a la bella dama. Ese miedo que impide hablar hasta que no se sepa lo que piensa la amada. Son los momentos de inquietud y de miles de preguntas, que se agolpan aceleradamente. Por eso, guardaba en su corazón las palabras que deseaba declarar a «su» señora. De nuevo, los asistentes aplaudieron, en medio de la música de las flautas y cítaras. El comienzo había sido perfecto. El deseo de todos era que el certamen no decayera. Miraval finalizó con unos ácidos versos contra el comportamiento frecuente de muchas mujeres:

Hay en las mujeres una actitud necia:
si encuentran amigo que pide merced,
por prueba lo atormentan,
lo afligen hasta alejarlo.
Y, habiendo alejado a los mejores,
enamorado ignorante y falso
por perfecto es recibido,
y entonces calla el canto cortés
y se oyen censura y rumor necio.

Explosión de risas y carcajadas de los oyentes. Tal vez, porque cada uno de ellos había vivido o ha conocido esa situación: mujer exigente que desprecia a un amante y le niega la merced. Al final, tiene que ofrecérsela a un ignorante y falso.

Peire Vidal era un visitante habitual de Cabaret. Enamorado de la «Loba» huía para volver siempre. En el castillo se rumoreaba que, después de años con sólo besos robados, un día su dama le dijo: «me entrego enteramente a vuestra discreción». A pesar de ese gozo, sus poemas eran, cada vez, más pesimistas. El tiempo pasaba y el gozo no volvía:

A punto estoy de no cantar canción,
 porque veo muertos juventud y valor,
 y mérito, que no halla ningún refugio
 pues todo el mundo lo rechaza y expulsa,
 y tanto veo dominar la maldad
 que al siglo ha vencido y sometido,
 que apenas encuentro un país
 cuya cabeza no esté en su sogá.

Continuó su poema atacando a Roma, donde el Papa y los falsos doctores habían cambiado a la Iglesia. Después a Francia, porque el rey no era leal y sincero, ya que había abandonado el Sepulcro. Finalizó criticando al mundo entero «que ayer lo vimos mal y hoy peor». El público reconocía a «su» trovador y comprendió esa desesperación, ese hastío de Peire, ya sin juventud, sin mérito, sin refugio. Sólo veía a su alrededor maldad y sometimiento. El valor había desaparecido en su entorno. Una salva de aplausos finalizó la actuación de Peire Vidal, nostálgico de un pasado en el que podía afirmar públicamente:

En todo parezco un caballero,
 y lo soy y sé todo lo que el amor ha menester
 y todo lo que se refiere a hacer el amor.

Como si la nostalgia fuera contagiosa, Guillermo Montanha-gal insistió en el pesimismo de Vidal. Pero introdujo en el certamen la crítica feroz a predicadores y clérigos, que eran los culpables de la desaparición de la generosidad («larguesa») en la vida y en las costumbres de la gente. ¿Defendía la vieja tesis de que cualquier tiempo pasado fue mejor?

En todo veo reducirse el valor,
 pues en parte alguna suscita interés,
 nadie entre nosotros piensa en bien alguno,
 sólo hay corazón para el trabajo.
 Y son culpables predicador y clérigo,
 por prohibir lo que no les conviene

que se dé por mérito y obre bien.
 Y quien don y mérito desprecia
 no parte, en mi opinión, de un buen principio.

La pesimista nostalgia había invadido la plaza del burgo. Satisfacía a los mayores, pero molestaba a los jóvenes. Peire Cardenal, ardiente defensor de la cultura occitana y enemigo de los franceses, comenzó recitando un sirventés, es decir una sátira moral y política:

Milano y mi buitre
 huelen tan presto carne podrida
 como predicadores y clérigos
 huelen dónde está el rico.
 Enseguida se hacen íntimos
 y cuando la enfermedad lo abate
 tal donación dar le hacen
 que la familia nada recibe.
 Franceses y clérigos elogian
 el mal, pues bien que les va,
 usureros y traidores
 poseen el siglo mismo,
 pues mintiendo y engañando
 tanto el mundo han trastornado
 que ya no hay religión
 que no sepa su lección.

La crítica despiadada a los clérigos y a los franceses recibió el mayor aplauso de la mañana. El aprovechamiento, por parte de los clérigos, de la asistencia a los moribundos para quedarse con su herencia se repetía, con cierta frecuencia, en la Edad Media. Por su parte, los franceses, usureros y traidores, mentían y engañaban. No se podía confiar en ellos porque no tenían «paratge», es decir no practicaban la conducta de respetar el derecho escrito y las reglas morales. Occitania frente a Francia era una cuestión recurrente en esos tiempos. Utilizarla aseguraba el júbilo en el auditorio, en el sentido que le daba San Agustín: «gritos de alegría sin palabras».

En su segunda intervención, Cardenal se enfrentó a un complicado problema teológico, que fundamentaba en las creencias de los «buenos cristianos»: ¿Por qué existe el mal en la Creación?:

Un nuevo sirventés empezar quiero
 que recitaré el día del juicio
 a quien me hizo y formó de la nada...
 A los demonios tendría que expulsar
 y habría más almas y con más frecuencia,
 la expulsión gustaría a todo el mundo,
 y Él mismo podría personárselo;
 por mí, querría que a todos destruyera,
 y absolverse podría, todos sabemos:
 Gran Señor Dios, expulsad
 los enemigos penosos y enojosos.
 Si sufro aquí mal y luego en infierno
 sería, a fe mía, injusto y pecado,
 porque puedo reprocharos
 que por un bien tengo mil veces mal.
 Por merced ruego, dama Santa María,
 que ante vuestro Hijo seáis garantía
 para que acoja a padres y a hijos
 y los ponga donde está San Juan.

Peire Cardenal atacó el mito del rigor divino: si sufro aquí mal y luego en infierno por un bien tendré mil veces mal. El bien sería el «nacimiento». El resto, mal. Por eso, recurría a la merced que siempre procede de la dama. ¿Qué relación tenía con los «buenos cristianos»? En principio, no parecía coincidir con sus fundamentales creencias. Sin embargo, destacó a Juan el evangelista como santo, y precisamente Juan era el evangelista preferido de los «buenos cristianos». Al mismo tiempo, criticó a los clérigos, como muchos otros trovadores: «pasan por pastores clérigos y son unos asesinos». Esta postura le convertía en portavoz de ideas y creencias de los «otros cristianos». Posiblemente, Cardenal era un amante de la libertad, que odiaba la violencia y la sumisión.

Para rematar el certamen, apareció Guillermo Figueira, el más político y beligerante con la Iglesia. Su sirventés atacó con dure-

za a Roma, es decir a la Iglesia, «que es cumbre de la decadencia», y que «del siglo habéis hecho tormento y guerra».

Roma, bien se ve el mal que hay que decir de vos,
 pues hacéis un escarnio de los cristianos mártires,
 ¿en qué libro halláis que deban matarse,
 Roma, a los cristianos?...
 Roma, con rostro falso, tendéis la red,
 bocados mal ganados, coméis pese a quien pese,
 porque bajo una humilde piel de cordero
 lleváis lobos rapaces,
 serpientes coronadas,
 engendradas por víboras, porque el demonio os cuida
 como a sus allegados.

¡Tremenda diatriba! «Serpientes coronadas» eran los obispos con sus mitras. La crítica de Figueira fue radical, rememorando el texto de Mateo (23, 13) en el que Jesús lanza siete veces el «¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas!». Texto muy querido y citado por los «buenos cristianos». Leyendo el texto de Mateo, la radicalidad de Figueira no era más que una dulce sombra del análisis que Jesús realizó de los escribas y fariseos (los sacerdotes judíos). Para finalizar: «Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna?». Figueira se instalaba también en serpiente y víboras.

Finalizada la fiesta de la poesía, los señores del Castillo invitaron a comer a los trovadores y a Gilberto de Castres. El pueblo continuaba con el festejo de la risa y de la acrobacia bajo un sol que incitaba a andar por las calles y plazas. Los invitados, por su parte, ocuparon el salón, después de levantar los sirvientes los tapices que servían de mamparas para delimitar las estancias. Gilberto se fijó en un tapiz donde se explicaba, con perfectas figuras y colores, la *Metamorfosis* de Ovidio. Y comprendió el cambio que la mentalidad occitana estaba realizando. Seguramente, antes los tapices rememorarían escenas bíblicas. Mientras tanto, damas y señores charlaban de amor o de hazañas.

A lo largo de las comidas, una para los seguidores de la Iglesia de Roma y otra para los «buenos cristianos», la conversación se inició

comentando las intervenciones de los trovadores. Peire Cardenal le preguntó a Gilberto:

—¿Qué opinión le merece nuestra poesía en torno al amor cortés?

—Para nosotros, todo acto de carne es adulterio —afirmó el teólogo—. Sentado este principio, no me cabe la menor duda que es preferible el concubinato al matrimonio. Es decir, el amor espiritual supera al amor físico. Por eso, me parece muy adecuado vuestro ataque al matrimonio, como el gran enemigo del amor cortés.

—No esperaba esta respuesta, apreciado teólogo —continuó Cardenal—. Nosotros preconizamos la emancipación de la mujer. Desde esa emancipación, el amor no es pecado.

—Entiendo su conclusión, admirado poeta —precisó Gilberto—. Para centrarnos, el amor está prohibido para los «perfectos». Para ellos, es pecado. Pero no lo es para los simples creyentes de nuestra Iglesia. Nosotros enseñamos que la relación sexual es el mal. Sólo la ascesis puede vencer ese mal.

—Ah, entonces se trata de un compromiso de cada uno con Dios, ¿no? —intervino Peire Vidal—. Los perfectos se comprometen ante Dios a ser célibes. Me parece correcto. Quien no realiza ese compromiso expreso tiene libertad para mantener relaciones sexuales. Pero, ¿por qué tomaron esa decisión?

—En primer lugar, si se analiza la situación actual de los obispos y clérigos romanos, que no están obligados al celibato, nos encontraremos con situaciones, al menos chocantes. La preocupación por la mujer y los hijos impulsa al clérigo a la usura, que alguno de vosotros ha destacado. En segundo lugar, el hombre que se dedica a orientar las creencias y la moral de los creyentes, debe disponer de todo el tiempo posible, sin limitarse por obligaciones familiares. Creo que ambas razones son suficientes, ¿no?

—De acuerdo, pero los monjes cistercienses, por ejemplo, no se casan. ¿Son como vosotros los perfectos?

—Bueno, la diferencia entre nosotros y los monjes es más radical: los monjes representan una religión de rechazo del mundo, una religión de egoísmo personal: si el mundo es el mal, yo me separo del mundo y me libero del pecado. Nosotros, estamos en el mundo. Nuestros creyentes viven en ese mundo, sufren en ese mundo, traba-

jan en ese mundo. Tenemos que estar en el mundo, rodeados de hombres y mujeres, buenos y malos. No somos hombres del claustro. Otra diferencia es que los monjes poseen sus diezmos, sus terrazgueros, sus siervos. Viven del trabajo de los otros para dedicarse, por entero, a la alabanza de Dios. Nosotros trabajamos para sobrevivir. Nadie nos alimenta, nadie nos viste, nadie nos regala cama y cocina. Cada uno lo logra con su trabajo.

—¿Qué le pareció el certamen? —preguntó Raimon de Miraval.

—¡Una maravilla! ¡Quién me otorgara a mí ese regalo que disfrutáis vosotros de dominar la palabra! Esa capacidad de utilizar la palabra exacta en el momento oportuno. Ya había asistido a otro certamen en el Palacio de Carcasona —respondió Gilberto.

—¿Y la temática elegida por los intervinientes? —reiteró Miraval.

—Sinceramente, nunca escuché tantos poemas amargos y ácidos. Como yo creo que vosotros captáis la temperatura de la calle y de las gentes, debo concluir que estamos atravesando momentos complicados, con bastante desorientación. ¿No fue Vidal el que afirmaba «apenas encuentro un país cuya cabeza no esté en su sogá»? Este punto de partida os arrastra a la melancolía, a la nostalgia de tiempos más fáciles y mejores. ¿Pero existieron o sólo se trata de tiempos en que éramos más jóvenes y con todo el valor? No lo sé, pero me dejasteis preocupado.

—Gilberto, aunque ya lo hablamos ayer, creo que sería interesante para todos lo que vos pensáis sobre la tensión religiosa —intervino Roger Jordan, señor de Cabaret y anfitrión de la fiesta poética.

—En principio, yo no creo que exista una tensión. Nos encontramos con dos creencias religiosas que coinciden en lo fundamental: Cristo y los textos sagrados. Y diferimos en ciertos puntos: unos que se remiten al campo de una teología que busca la verdad, y eso siempre es complicado. Y otros que se refieren al comportamiento y a la vida de los responsables de cada creencia. Este es el principal campo de discusión. Es decir, los obispos romanos no entienden, normalmente, de teología. ¿Qué les preocupa? Que nuestros obispos viven en la pobreza evangélica, mientras ellos viven como señores feudales. Eso implica la incapacidad para llegar al creyente normal,

al que le leen los repetidos consejos de Jesús a sus apóstoles para que den ejemplo de pobreza, de misericordia, de desapego a los bienes terrenales. Esos creyentes comparan y no entienden nada. Entonces han decidido utilizar como arma contra nosotros la teología que les transmiten desde Roma en resúmenes incomprensibles.

—Pero, ¿no tenéis miedo a Roma? —insistió Roger.

—Durante años, no. Ahora sí, porque el papa Inocencio, que se cree el «Rey de Reyes», ha fracasado en su intento de evangelizar la Occitania. No sé cuál será su reacción ante el fracaso. Temo que elija el camino de separarnos, de aislarnos, de anular nuestra predicación. Porque, como afirmaba antes, nosotros sólo podremos sobrevivir si mantenemos un cristianismo de proximidad. Si nos separan o nos aíslan, nuestro futuro puede sufrir grandes nubarrones y tormentas. No obstante, en nuestras oraciones repetidamente invocamos a Dios que nos libre del mal, porque suyo es el reino, la virtud y la gloria por los siglos.

La Iglesia cristiana, colaboradora fundamental del Imperio después del Concilio de Nicea (siglo IV), adoptó el modelo de la fuerza como el símbolo del Poder. Este modelo debilitará la fecundidad del mensaje cristiano, al cristalizarse en la Iglesia institucional. La sumisión requerida por los señores feudales y por los señores eclesiásticos sólo se mantendría desde la fuerza. Por el contrario, la cultura occitana, con su ideal de libertad y de reciprocidad entre señores y vasallos, se contraponía a todo tipo de sumisión, tanto feudal como eclesiástica. La Iglesia de Roma tardó demasiado tiempo en comprender que, en el Oc, la libertad y el respeto formaban parte del *paratge*, de la nobleza y de sus ideales.